



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENINSULA: Un mes, 1'50 pts. - Tres meses, 4'50 pts. - EXTRANJERO: Tres meses, 10 id. - La suscripción se contará desde 1.º y 10 de cada mes. - La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24

SABADO 13 DE ABRIL DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. - Correos póstales en París: Mr. A. Lobette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

COMENTARIOS Á UN ARTÍCULO

AL CORRER DE LA PLUMA

He leído el vibrante artículo que como preciado recuerdo de su estancia en Cartagena, nos dedica el popular periodista Juan de Aragón, y después de dudarlo un momento, me decidí á hacer públicas las consideraciones que me sugiere su lectura. No creo que debo dejar de acudir, con mi modesta aportación, de buena voluntad, ya que no pueda ostentar otra cualidad más brillante, al interesante problema que en bien de Cartagena plantea el ilustrado director de *La Correspondencia de España*.

Cartagena progresa. Esto me parece de tal evidencia que no creo que necesite demostración, pero las manifestaciones de su progreso, no responden á un orden meditado, completo, de población moderna.

Desentrañar los motivos á que se debe este estado de cosas, sería largo y prolijo. Porque aquí nunca ha faltado la materia prima: el hombre público, animoso y dispuesto, por Cartagena, á sacrificar su tranquilidad desvelándose por el bien de todos. Aquí hemos tenido entre otros, alcaldes como Don Mariano Sanz y Don Angel Bruna (q. e. p. d.), bien intencionados, activos, dedicados por entero, con toda su gran voluntad, al progreso y al engrandecimiento de la ciudad.

Y sin embargo, de estos buenos ciudadanos y de otros tan amantes de esta ciudad, como los citados, Cartagena necesita realizar nuevas mejoras, que completan las que goza, de un gran puerto y de una instrucción pública, cuidada y atendida, en lo que á la ciudad se refiere con marcada predilección.

Para realizar la obra que Juan de Aragón, con alentadora frase, nos señala; sólo falta querer, pero querer, significa unión, fuerza, compenetración de aspiraciones, de intereses, y desgraciadamente, este fundamental elemento de progreso, que disfrutaban otros pueblos, no se encuentra entre nosotros muy arraigado.

A esto atribuyo yo principalmente el retardo, la lentitud del progreso de Cartagena. Aquí basta que un convecino nuestro vaya al municipio con el propósito de hacer, para que des-

pués de concederle veinticuatro horas para ejecutar, se le comine al día siguiente y se le critique y censure á la semana por lo que ofreció y no ha cumplido. Y en estas pequeñas luchas, menudas, intestinas, derrochamos nuestro humorismo, nuestro brillante ingenio nuestro amor á la ciudad, tan pregonado.

Hace meses, nos citaba el Sr. Pérez Larbe á una reunión en la Sociedad Económica de Amigos del País para constituir en Cartagena la Liga contra la tuberculosis, preocupación hoy de todos los pueblos, de cuya fatal visita, nadie tenemos libre nuestro hogar, y aún creo que tenemos viva en la memoria, cuantos asistimos á aquella reunión, la impresión desconsoladora que recibimos. Allí nos reunimos bien pocos y ciertamente, por amor á la humanidad, por egoísmo en último caso, debieron ser más los que acudiesen.

No hace muchos días me contaba el Sr. García Alix que en los principios de su carrera política tuvo casi conseguido el traslado de este penal, haciendo gestiones que se complementaban con las que en el mismo sentido realizaban los representantes de Valladolid y Zaragoza. Y me describía la sorpresa y pena que le produjo, saber que se celebró por entonces un meeting numeroso donde personalidades salientes le censuraron, reputándole por mal representante en Cortes. Hubo por aquellos días todo el aparatoso cortejo de ciertas campañas, telegramas, artículos, conminaciones y amenazas; el Sr. García Alix, desistió ante aquella actitud, de su propósito y nosotros seguimos sin realizar esta mejora que consiguieron Zaragoza y Valladolid.

Y cito estos casos, no para desanimar el espíritu público, sino con el sano propósito de que nos consagremos todos á la fecunda obra de realizar el bien, con perseverancia, alentando á los que parecen más obligados á practicarlos por razón del cargo que ocupan, sin que ninguno, nos podamos considerar relevados de concurrir á la obra común.

Tiene razón el articulista: Cartagena necesita responder á sus deberes, haciendo de esta población una ciudad donde la salud no esté amenazada, donde la estancia sea agradable,

completando así la fama de culla y hospitalaria que justamente goza.

Pero esto sólo puede conseguirse con la unión de todas las voluntades, con el concierto de todos sus elementos de acción. Porque aquí se han creado sociedades importantes, empresas serias, que han servido para el desarrollo de la industria y el comercio de la región; pero no se ha dado ningún paso en el sentido de allegar elementos al municipio, con las debidas garantías, para ayudar á la transformación que necesita Cartagena, y esto es preciso hacerlo por amor á Cartagena, sin acudir á financieros extraños, que hacen pagar caros sus servicios y constituyen luego rémora que dificulta la vida económica de los municipios.

Para hacer, para realizar, se necesita dinero que bien administrado, como lo será seguramente, transforme nuestra urbe largo tiempo retenida y ahogada, por su condición de plaza de guerra, tras el cinturón de piedra, que formaban sus murallas.

¿Será ésta la ocasión, el motivo, ahora que parece que nos asomamos á la vida de relación de los pueblos cultos, para acometer la gran obra? Yo creo que sí. Tenemos un alcalde tan amante de Cartagena como el que más, un Ayuntamiento formado por elementos ansiosos de merecer la estimación de todos y es obligación moral de buenos cartageneros, que cada uno desde su sitio, les ayudemos en esos grandes empeños, propios de los pueblos que quieren gozar de la vida, bajo el cielo espléndido y frente á la mar serena que nos describe el articulista.

Yo por mi parte sólo puedo decir, que si todo lo que es fuerza, vida, actividad, talento, voluntad y posición en Cartagena, se lo propusieran, el aviso de Juan de Aragón sería fecundo y gozaríamos, recreándonos en nuestra obra, el supremo placer de engrandecer nuestra pequeña patria, haciéndola feliz, repartiendo trabajo y sembrando el bien.

José Maestre.

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA

establecer algunas relaciones con estas gentes de la luna.

—Por lo que á mí me cabe preferir la primera solución.

—Yo dudo...

—No sé por qué.

—¡Comprobad usted! — dijo Cavor, — Me figuro que no podemos juzgar á las selenitas por lo que de ellos hemos visto. Su mundo central, su mundo civilizado, debe hallarse mucho más abajo, en las profundidades que se abren al mar. Esta región de la corteza de la luna que nosotros vemos no es más que un desierto, fronterizo, una región pastoril. En todo caso, eso es mi criterio. Esos selenitas que hemos visto no son otra cosa que el equivalente en nuestro mundo á los pastores ó campesinos. El empleo de sus aguijones, que, según todas las probabilidades utilizan para pinchar á los remanentes lunares; la falta de imaginación que han demostrado al creer, que, como nosotros, se han preocupado exactamente lo mismo que ellos ejecutaban; su indudable b. g. n. l. d. todo esto parece indicar que mi aseración es cierta. Pero si nosotros hubiéramos soportado...

—Ninguno de los dos hubiéramos resistido la travesía de un abismo sin fondeos so re una plancha de sola p. g. n. l. d. de su obra.

—No — dijo Cavor; — pero entonces...

—Entonces no quisiera ver nada...

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

—¡La luz del día! — exclamé, con descouenelo — ¡La aurora, la puesta del sol, las nubes, el cielo azul! ¡Volveremos á ver todas esas cosas!

Al hablar de esta manera, las escenas de nuestro mundo se representaron ante mi mente claras y vívidas, como el fondo de una antigua pintura italiana.

—¡El cielo con sus continuos cambios, el mar con sus constantes variaciones, las colinas cubiertas de verdura, las lejanas montañas teñidas de azul, las ciudades bañadas por el sol!

—¡Oh, Cavor! ¡Aquello es vida, aquello es un mundo para los hombres! ¡Recuerda usted el cielo teñido de verde, amarillo y grana á la puesta del sol? ¡Recuerda usted la alegría del alba?

—Mi compañero no contestó palabra á mi desahogado; pero yo, invadido por la nostalgia de nuestra tierra, continué con mis lamentaciones.

—En cambio, hemos aquí enterrados en este abominable mundo, que no es mundo sumergido en un océano de tinieblas, y arriba, en la superficie, un día tórrido ó una noche glacial y mortífera. ¡Y todas estas cosas que por estas cavernas nos presiguen! ¡Serán forrados de cuerpos, hon. bren insectos que parecen creaciones de la calefacción! ¡Después de todo, tienen razón... ¡Por qué hemos venido á transformar sus dominios? Me parece que el planeta entero se halla en revuelta y levantado en tu ta

Higiene Pública

Las alcantarillas

Tenemos en Cartagena multitud de focos permanentes de infección que de una manera lenta pero segura, están amenazando por la salud pública y destruyendo poco á poco nuestro organismo. El veneno que se ingiere en pequeñas dosis, y a través de una gran rapidez, su uso constante llega á alterar de tal modo las funciones vitales que termina fatalmente por destruir la existencia del individuo.

La ciencia moderna nos ha demostrado que el origen de todas las infecciones son esos seres infinitamente pequeños, llamados microorganismos, que cuando se multiplican y procrean en el aire que respiramos, en el suelo que nos sustentamos, en el agua que bebemos, en los alimentos que consumimos, en todos aquellos sitios, en una palabra, que están en relación directa ó indirecta con nuestro organismo; y contra esos microbios, para defendernos de ellos, también la ciencia nos ha proporcionado medios, indicándonos la forma de destruirlos

ó de neutralizarlos por lo menos, sus perniciosos efectos.

Si nosotros saltando por encima de todas las prescripciones, haciendo caso omiso de los consejos de los sabios miramos con la más punible indiferencia los quehaceres de las alcantarillas, no acordándose de prevenir y evitar el peligro antes de que éste llegue de ser amenaza, para convertirse en realidad, no tendremos manera de llorar nuestras presentes, desdichas, puesto que en tiempo oportuno pudimos evitarlas y no quisimos.

Hemos dicho en los comienzos de este artículo, que existen en Cartagena multitud de focos permanentes de infección, y esos focos son las alcantarillas que abren sus bocas en las calles Mayor, Medierás, Santa Florentina, Puerta de Murcia, Callejón del Conducto y en algunos otros sitios que no enumeramos, porque basta con las citadas para probar suficientemente que el peligro existe y que urge ponerlo en marcha.

A pesar de todas las prohibiciones, las cloacas de multitud de casas se abren en esas alcantarillas, vertiéndose en ellas las materias fécales, y como el agua escasea, desgraciadamente, en nuestra población, háganse cargo nuestras autoridades, que sinónter